

NO HABRÁ PERDÓN

ALFRED DÖBLIN

NO HABRÁ PERDÓN

Traducción de Carlos Fortea



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Pardon wird nich gegeben*

Diseño de la cubierta: Edhasa, basado en un diseño de Pepe Far

Imagen cubierta: istockphoto

Primera edición: octubre de 2024

© de la presente edición: Edhasa, 2024

© Ficher Verlag GmbH Frankfurt am Main 2008.

Originally published as *Pardon wird nich gegeben* by Alfred Döblin.

First published 1935

© de la traducción: Carlos Fortea, 2024

Diputación, 262, 2.º1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: ISBN: 978-84-350-1168-6

Impreso en Liberdúplex

Dep.Leg.: B 14360-2024

Impreso en España

«Renunciar debes, debes renunciar».

Goethe, *Fausto*

LIBRO PRIMERO
POBREZA

Partida

Con sus negros ropajes, esperaban en el pequeño andén descubierto, la madre inmóvil bajo el ardiente sol, entre dos campesinas que se cubrían la frente con sus coloridos pañuelos de cabeza y mataban las moscas que zumbaban alrededor de sus desnudas pantorrillas; hacían visera con la mano para atisbar el tren, pero aún no venía, todavía no; habían salido demasiado temprano, llevaban en camino desde el amanecer, para dejar por fin atrás la pena y la despedida.

La madre estaba envuelta en su tupido velo de viuda, apretaba flores y pañuelo en la mano izquierda, llevaba en la derecha un bolsito con el dinero y los documentos. Su hijita, con capotita negra, vestida de domingo, se agarraba a su falda por detrás y miraba, con el pulgar metido en la boca, a sus dos hermanos, el mayor y el menor, que patrullaban incansables a lo largo de las vías con sus chaquetas nuevas y baratas, los pantalones largos demasiado apretados, los desacostumbrados sombreros de paja con la cinta de luto en las cabezas redondeadas. A veces se permitían detenerse para discutir, a espaldas de las mujeres, sobre los baúles amontonados aquí y allá como en un pequeño bastión, aquí estaba la vajilla, aquí más vajilla, aquí las cosas de mamá, aquí las de la pequeña Marie, aquí está el viejo reloj.

Entonces vibraron los raíles, la madre cogió la mano de la niña, dos hombres sencillos con gorras de funcionario salieron

fumando de la caseta de la estación, uno de ellos cogió una carretilla vacía y la empujó detrás de los baúles, los chicos se acercaron corriendo, habían descubierto al fondo de las vías el punto negro que aumentaba de tamaño, que se acercaba con temblor y estrépito, la locomotora alzaba cada vez más su negro escudo de hierro, los raíles temblaban al ritmo de sus embestidas, el tren se acercaba escupiendo vapor, poderoso, ralentizaba su respiración, se forzaba a pararse jadeando pesadamente, se detenía con un chirrido.

Las dos campesinas se frotaron las pantorrillas, torcieron en una mueca dolorida sus viejos y tostados rostros. Un funcionario gritó el nombre de la estación, hizo señas a las mujeres, abrió la puerta de un coupé en la cabecera del tren, los baúles fueron llevados atrás, las campesinas arrastraron detrás de la mujer una pesada maleta cubierta con una lona negra. Los chicos fueron los primeros en encaramarse al tren, el menor ya se había arrodillado en el banco, radiante, y se asomaba por la ventanilla. La madre caminó lentamente con la niña. La ayudaron a subirla al vagón, todo el mundo tiraba y empujaba de la maleta, los niños alborotaron pidiendo los baúles, pero ya estaban almacenados en el vagón de equipajes. Entonces sonó el silbato, la puerta se cerró de golpe, las dos campesinas en el andén retrocedieron y tiraron del pico de sus pañuelos.

La pesada carcasa de hierro pasó delante de ellas y salió resoplando de la estación. Vieron la cara feliz del pequeño y la triste y cerrada del mayor. La viuda se sentaba en medio del banco, muda, con su hijita abrazada a su lado, las flores y el pañuelo en el regazo.

Las relucientes vías volvieron a quedar despejadas. Las campesinas abandonaron el ardiente andén, cruzaron el pueblo, sumido en el silencio del mediodía, caminaron largo rato por la

sinuosa carretera hasta doblar hacia los campos. Pasaron por delante de un pequeño grupo de abedules, de un prado, de una granja, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Unos patos nadaban en un charco junto a ella, de la granja venía ruido de reses, martillazos y voces humanas. A un lado de la finca, el que daba a la carretera, estaba la posada, de dos plantas, con su alto tejado rojo. Estaba oculta por un andamio, resplandecía, recién blanqueada. En ese momento estaban levantando en el tejado una muestra azul, que mostraba radiante, hacia la carretera, las letras doradas: «Zum Wiesengrund. Posada, fonda». Debajo de la muestra se abombaba una lona: «Nuevo propietario».

Aquellos a quienes había pertenecido aquella finca se iban ahora muy lejos de allí, por entre los campos de cereal infinitamente altos.

Dejaban atrás a su padre, en su tumba del cementerio de la localidad. Quedaba allí tendido tan feliz como lo había estado durante su vida para alegría de sus amigos, no siempre de su familia. El hombre del que ahora se separaban y cuyas cuentas tenían que pagar había sido un monstruo, y el predilecto de todos ellos. Era un hombre corpulento, jovial, de ojos claros, tan sólo arrendatario de aquel suelo, pero una especie de caballero, un espíritu inquieto, un quiero y no puedo, un fantasioso. En dos días y dos noches había liquidado su vida, que tenía el siguiente contenido: explotar una pequeña finca, casarse con una mujer severa y acomodada, engendrar tres hijos, comprar una granja desmesuradamente grande y morir mientras aún estaba instalándose. Le quitó el dinero a su mujer con la amenaza de, en caso contrario, seguir su propio camino; se había ocupado poco de su trozo de tierra, dedicado tan sólo al estéril juego, el torneado de la madera y las patentes. Con el dinero de la mujer, compró libre y alegremente aquella finca venida a menos, ca-

balgó con sus amigos por los campos, hizo derribar los establos, levantar otros nuevos, renovar la posada y la explotación, había visto poner los andamios que ahora la revestían. Asumió deuda tras deuda. Una mañana trajeron del campo a tan alegre planificador, su dolencia renal le había jugado una mala pasada, yacía en los patatales terciado debajo de su caballo, boca abajo, con un pie en el estribo; el caballo relinchaba y volvía la cabeza hacia él. No recobró el conocimiento hasta la mañana siguiente, sonrió a su mujer a su cordial manera y preguntó por los pintores. Aún aguantó dos días y dos noches, con gesto atento y jovial, como si estuviera escuchando una historia divertida. Al segundo día, aquella expresión pícaro y divertida incluso se intensificó, de tal modo que, si se entraba de pronto en la habitación, se obtenía la impresión de que aquel hombre estaba haciendo teatro, de que sólo había que esperar un poco para que él mismo se hartara de aguantarse y rompiera a reír. Pero a la tercera mañana yacía exactamente igual, sin hacer un solo movimiento, sólo que ahora rígido y blanco, e incluso había dejado de respirar. No se podía considerar posible meter en cierto modo vivo en el ataúd a un hombre así. Había muerto a su manera, como un pájaro al que no se puede atrapar.

La mujer iba sentada en el banco en el traqueteante vagón de ferrocarril. El tren resoplaba por entre los amarillos campos de cereal, se la llevaba lejos de la tierra en la que había nacido y en la que había transcurrido su vida entera. Llevaba con ella a sus tres hijos, un corazón paralizado y la miseria. Había perdido la primera parte de su vida. Cabía preguntarse si habría una segunda. Aquel hombre la había querido, y la primera época de su matrimonio había estado como en otro mundo. Luego, su carácter afloró. Le cargó el peso de la casa, y ella tuvo que aceptarlo, no quería complicarle las cosas. Luchó por él. Él de-

bía darle la alegría que ella no conocía. Pero no sirvió de nada, vivió sólo de las migajas que él le arrojaba entre sus juegos y giras de placer. Y por fin tuvo que darle su herencia, su dinero, atemorizada porque él iba a cogerlo, para qué estaba ahí si no. La vida, lo que para ella era vida, amenazaba con pasar definitivamente de largo. Después de algunos meses espléndidos, casi mareantes, con excursiones a la ciudad, recorridos por las fincas, visitas y cálculos, después de haber pagado el arriendo y la mudanza, yacía muerto. Así sonaba el trueno del destino. Ahora, la vida había pasado de largo. Mientras estaba en pie junto a la tumba, aún no lo tenía todo claro. No pensaba más que en su propio corazón ahogado. Pero la granja estaba ahí, los espantosos andamios, los cimientos de los establos, los albañiles, pintores, nuevas máquinas. Aparecían todas las personas a las que hacía meses había visto venir con ademanes obsequiosos, durante un impaciente minuto expresaban su condolencia, luego se quitaban la máscara y eran secos acreedores que sacaban papeles del bolsillo. Las deudas, las deudas, las deudas, cada vez que sonaba la campanilla era un acreedor. Por las noches yacía insomne y sola en el gran dormitorio, se quejaba de que había querido aquella suerte, se mordía las uñas, se avergonzaba, no podía decírselo a nadie, ella era la culpable de todo, y ahora tenía que pagar por ello. Granja y finca iban a pasar a otras manos, ella retenía como loca una pequeña suma, pero la batalla aún no había terminado. No se habría quedado allí ni siquiera sin el escarnio de la gente y las descaradas acusaciones contra su marido. No quería seguir viendo ese sitio, ese paisaje, ese aire. Era, sólo a ella se lo confesaba, el rostro de su pecado. Y subió al tren, huyó, velada en negro, de la tierra en la que había nacido, en la que había buscado el amor y la felicidad, y se fue a la ciudad desconocida, al desierto.

Con la cabeza apoyada en el marco de la ventana, el mayor, Karl, dormía en un rincón, con el sombrero de paja en el regazo. Era tan alto como la mujer, pasaba de los dieciséis años, mejillas coloradas, rubio oscuro como el padre, con el mismo rostro redondo y suave, respiraba por la boca, se le veía un hueco en el maxilar superior, le faltaban dos dientes, porque el padre le había pegado cuando había querido marcharse, aquella vez. Durante la pelea, la mujer había sujetado al marido por los hombros y lo había sacudido para que entrase en razón, él la había empujado y de pronto su hijo, aquel joven que nunca parecía haberse dado cuenta de las disputas entre sus padres, había entrado en la habitación, mortalmente pálido, con expresión enloquecida, y se había plantado delante de su padre sin conseguir decir una palabra. Éste miró un segundo, con sorpresa, aquel rostro desconocido, y luego lo apartó de un puñetazo. Ella consideró una traición a su hijo haberse reconciliado con su padre ese mismo día. Por supuesto él lo veía de otra forma, estaba feliz de que su madre fuera a su habitación, le vendara la cara, le enjuagara la boca, se lamentara, llorase ante él. Desde que estaba allí, un brillo de esperanza, un respaldo, había entrado en el campo de visión del chico. Había hilos secretos entre ella y él. Ahora su cabeza se mecía apoyada en el marco de la ventana con los traqueteos del vagón, su adversario común estaba muerto, pero qué extraño, Karl era el que más había llorado junto a la tumba del padre. En el otro rincón, pegado a ella, dormía Erich, de siete años. En el banco de enfrente, tapada con el abrigo de la madre, Marie, de tres. Los tres a los que se llevaba del naufragio.

Llegada

Era de noche cuando llegó a la gran ciudad. En el andén la recibió un empleado de su hermano, un hombre gris y monosilábico que, al ver a las cuatro personas que bajaban del vagón, se quitó en silencio el sombrero redondo y rígido; el hombre tenía un aspecto bastante raído, apareció un mozo de equipajes y el caballero gris los guio, sin dirigir una sola mirada amable o una pregunta a los niños, directamente a la escalera y a un coche de punto. Mañana enviaría a recoger el pesado equipaje, los baúles, las maletas grandes. Los niños, arrancados al sueño, intimidados por el tamaño de la estación, el ruido, la cantidad de gente, no querían bajar la escalera, y él se volvió y silbó, como se silba a los perros. El coche recorrió traqueteando calles luminosas y calles oscuras, con los niños pegados a las ventanillas, tan sólo la niña lloraba en el regazo de la madre. Se detuvieron en una calle ancha, delante de una casa en la que ardía un farol rojo, el hombre abrió, subieron cuatro angostos tramos de escalera, los niños nunca habían subido antes escaleras tan altas, en el pasillo había muchas puertas estrechas con buzones, el hombre abrió una, la de un piso pequeño, sombrío y desolado, con la cocina nada más entrar, luego una habitación. El empleado, que conservaba el sombrero puesto, puso una vela en la mesa de la cocina, le pareció que olía a cerrado y abrió la ventana, luego dejó la llave sobre la mesa, se quitó el sombrero sin decir palabra y se fue. Los

dos chicos, excitados, todavía quisieron espiar en la escalera, en la oscuridad, cuántos pisos tenía la casa; la madre les hizo entrar en la vivienda, tuvieron que desnudarse a oscuras y acostarse en colchones en el suelo. Pero, en cuanto la madre desapareció con la niña en la cocina, volvieron a levantarse, en camisa, y pegaron sus rostros excitados a la ventana. La masa negra de las casas, con sus muchas y mudas ventanas de postigos cerrados, se alzaba como un muro homogéneo. Era un gigantesco castillo. En la calle ardían unas pocas farolas, ya no había luz en ningún edificio, pero todas esas casas tenían que estar llenas de gente. Ésa era la calle, oh, qué ciudad grande y misteriosa.

En la cocina, la madre había acostado a su lado a la niña. Cuando se quedó dormida y soltó sus manecitas, se sentó, silenciosa, en el suelo. Estuvo allí sentada largo rato. Lentamente, se volvieron visibles para ella los contornos del fogón, las patas de la silla que tenía a su lado, el paño tendido delante de la ventana. Lo que mostraba su redondez encima del fogón era el maletín con la plancha. Mañana tendría que cocinar allí para los niños. Lo contemplaba todo como si fueran los restos de un naufragio, sin sentir nada. Había esperado muchas cosas, aquello la aturdió.

★ ★ ★

Al cabo de ocho días, la pequeña vivienda estaba acondicionada, las camas puestas, los visillos colgados, las sillas y la mesa estaban repartidas por la sala con una apariencia de amabilidad, del techo colgaba una lámpara de gas que extendía dos brazos, tan sólo en la cocina seguían apilándose cajas sin abrir. La madre regresó entrada la tarde. Erich, el más pequeño, que ya iba al colegio, yacía en la cama de la sala, la madre se acercó a él in-

cluso antes de quitarse el sombrero, apagó la luz y fue a la cocina con el mayor, Karl. Él preguntó enseguida:

—¿Dónde está Marie?

La mujer miró a su alrededor, sí, ahí estaban las cajas que la pequeña había estado palmeando, las que habían venido del pueblo, de «Wiesengrund». Tuvo que sentarse. Se quitó el sombrero y el velo, los dejó encima de la mesa; la robusta mujer de cabello castaño peinado a raya se sentó apoyando ambos brazos en la mesa de la cocina, haciendo que el resto de la vela, encajado en una botella de cerveza, parpadeara. El chico la miró atemorizado. La negra sombra de su madre se alzaba rota por la pared, junto con las tuberías, hacia el techo. La sombría imagen se cernía desde el techo sobre la sala, escuchaba, se imponía a la conversación.

—He llevado a Marie a casa de la tía. No tienen hijos, Marie les ha gustado.

Miró tranquilamente la vela. El chico no lo entendió enseguida; luego apoyó la frente en el pecho, su rostro se contrajo, se quedó mudo frente a su madre y lloró escondiendo el rostro en los brazos cruzados.

—Se ha quedado de buen grado. Allí va a tener de todo, tanto como jamás ha tenido en casa. Y aquí menos aún. Qué íbamos a hacer con ella. Ninguno de nosotros tiene tiempo. La pequeña está pálida de tanto dar vueltas por la calle.

El chico no levantó la cabeza. La mujer siguió hablando:

—No tiene sentido llorar, Karl. Con eso no avanzamos. Y menos aquí. Ya lo aprenderás. A nadie se le regala nada, puedes estar contento de estar aquí y que te dejen vivir.

Le quitó el codo de la mesa.

—No llores, me oyes, Karl. No empieces, no les hagas ese favor. Si lloras, estás maduro para ellos. Toma ejemplo de mí. Yo

no lloro. No, yo no, seguro que no. Recoge la mesa, vamos, ponlo todo encima del fogón.

Él trabajó, con la cabeza metida entre los hombros, el rostro rojo como un tomate. Seguía teniendo ganas de echarse a llorar. Ella aprovechó el tiempo para estudiar, fría y esforzadamente, la botella de cerveza marrón:

—Marie se ha ido, y ahora te toca a ti, muchacho. No queda más remedio, tenéis que ganar dinero. Ya no nos queda tiempo. Puedes contar lo que me queda en el bolso. Alcanza para medio año, pero ya lo han olido, para ellos medio año es demasiado tiempo, ya están viendo cómo quitarnos también eso. Quieren dejarnos sin un céntimo, con la única posibilidad de mendigar y llorar. Si les apetece, lo harán. No conceden perdón. Hacen cuentas hasta que les salen. Mira a tu alrededor, Karl, ¿no nos va ya lo bastante mal?, ¿cuándo hemos estado en un agujero como éste? En una casa así, sin luz, con el humo de la fábrica entrando por la ventana, lo saben, se lo digo todos los días, lo sentimos, querida señora, sí, querida señora, me dicen, esos buenos caballeros, pero tiene que haber un orden, también nosotros tenemos que ver qué hacemos, y cobran sus deudas, te arrancan la piel y te maldicen porque eres un estafador, porque no tienes más. Hoy he estado en una oficina y lo he dicho y enseñado todo, y he llorado y gemido hasta que me han echado, y exigen el pago, y la próxima vez llamarán a la policía.

—¿Quién, madre?

—Para ellos, no eres más que un hueso al que muerden uno detrás del otro.

Él despejó el fogón. Ella esperaba, miraba fijamente la vela. Pasó mucho tiempo antes de que volviera a abrir la boca:

—Ya no me queda otro remedio, Karl, siéntate, eres mayor, ya lo entiendes todo, tengo que hablar con alguien, tú lo has

visto todo en casa, con tu padre y con la subasta [con él tampoco pude hablar ni una palabra, pero ya no lo aguanto, y aunque no sea más que a la pared, grito]. Alguien tiene que ayudarme, no puedo seguir así. —Me miró el puño cerrado—. [Me ha dejado en la estacada, me ha expoliado, nunca pude contar con él, nunca, nunca, y ahora me ha colgado esto al cuello].

Y lo que no había hecho el dolor lo hizo la rabia, y rompió, sin cambiar de postura, en un terco sollozo. El chico se acercó y la cogió del brazo, ella no se sorprendió, lo toleró. Era la primera vez que daba libre curso a su ira.

—Nada tiene sentido —balbuceó entre sollozos—, nadie ayuda a nadie [el canalla me deja plantada con todos los niños, si hay un infierno, tiene que estar pagándolo], las personas no son más que criminales, tienes que saberlo, Karl. Ni una palabra de lo que dice el cura en la iglesia es cierto, lo dice porque le pagan para que lo diga, sale de una boca untada, tú no tienes ni para un panecillo, pero él tiene su mesa bien provista, a la que se sienta cuando tú te vas, y cierra la puerta. Y luego te dan notitas, consejos, uno detrás de otro, y cada cual te dice una palabra bonita o no está en casa, y ya puedes correr bajo el sol, que te dicen: señora, qué mal aspecto tiene, tiene que cuidarse. Carniceros, te arrancan la piel. Y mienten y mienten, puag.

Atemorizado, atacado por negros presagios, el chico estaba junto a ella con un paño en la mano, y aguzaba las orejas.

—¿Cuándo entraré de aprendiz, madre?

—Dinero, dinero, muchacho, nada más que dinero. Él me quitó el mío. Van a quitárnoslo todo.

—¿Adónde voy a ir?

—Dinero, dinero. La ciudad es grande. No tienes de qué avergonzarte. Aprovecha. Yo tampoco lo sé.

Movió la cabeza y vio las negras y pesadas sombras trepando por el techo y la pared.

Él extendió el colchón en la cocina. Luego, caminó inseguro de un lado para otro y pasó, lo que nunca había hecho, el brazo en torno al cuello de la madre:

—¿Vamos a ir a la cárcel, madre?

Miraba su rostro acalorado, era peor que cuando llevaba a la cama a su padre borracho.

—Saldremos adelante, madre. Si no nos llevan a la cárcel encontraré trabajo, aceptaré cualquier cosa. ¿El tío no nos dará nada?

—Nada de tío. Dinero, dinero.

Miraba a su hijo mayor con ojos extraviados, como una persona que se ahoga, luego sollozó, y su rostro volvió a quedarse rígido. Él tuvo miedo al ver el vacío de su mirada.

Por la mañana, llevó al colegio al pequeño. Cuando entró en la cocina, su madre estaba sentada con rostro acongojado junto al fogón de gas, el colchón ya estaba contra la pared. Su rostro era tan gris y lamentable, sus movimientos eran tan pausados que, en cuanto dejó al pequeño, volvió corriendo a casa, subió temblando los cuatro tramos de escalera, qué iba a decir, ah, que no tenía pañuelo, que se había olvidado el sombrero.

Ella no estaba en la cocina, estaba tumbada en la sala, en la cama sin hacer del pequeño. Se incorporó cuando Karl abrió la puerta, echó la almohada a un lado y susurró:

—¿Qué pasa?

—Me he olvidado el sombrero.

El sombrero estaba encima de una silla. Karl no lo cogió.

—¿Qué miras?

—Levántate, madre.

—Debes irte, te digo.

Él, en voz baja, sin mirarla:

—No, no me voy, tienes que levantarte.

Ella se sobresaltó, compuso la expresión severa.

—No voy a irme, madre, si no te levantas.

Ella bajó las piernas, lo cogió por los hombros, al pasar recogió el sombrero de la silla y llevó abrazado al chico a través de la cocina hasta la puerta. La abrió, lo empujó fuera, le caló el sombrero en la cabeza, le dio la mano. Él la miró implorante. Cuando ella le sonrió con esfuerzo, se contuvo y se fue.

★ ★ ★

Fuera aún hacía tanto calor, como la semana anterior, cuando se fueron. Aún había alcanzado a colaborar en la siega, ahora ya habría empezado la cosecha, la hermosa finca grande, ya no tenemos nada. Se quedó plantado delante de la puerta, qué hago, madre no sabe, ha perdido la cabeza, a quién voy a dirigirme. Se puso en movimiento, echó a andar. Hacia alguna parte. Miraba a la gente, y con cada uno de ellos se hacía la pregunta de qué vive éste, y aquél, de dónde han sacado aquéllos eso. De dónde lo había sacado su padre. Si ahora estuviera en el campo, me contrataría como jornalero, ahora hay mucho trabajo, por qué madre ha venido aquí.

Al cabo de algún tiempo había dejado atrás la angosta y mísera zona de su calle, por allí andaba otro material humano, las calles tenían a menudo árboles, eran avenidas con árboles de verdad, luego plazas con niños y figuras de piedra. Miró a su alrededor, a un lado y a otro, pensando siempre: tengo que aprovechar, tengo que encontrar algo, cómo lo hacen ellos. ¡Pero allí todo era tan agradable! Había de todo. El pan estaba a punto en las tiendas, pan tosco, pan fino, pasteles, panecillos, todo

aquello había dejado un duro camino atrás, ya estaba todo el trabajo hecho, escardar, arar, la siembra, la siega, la cosecha, la trilla y el molido, y el trato con la cooperativa y los sacos de harina y la distribución. Ellos sólo tenían que cocerlo, volverlo dulce y fino, espolvorearlo y ponerlo en el escaparate. Algunas panaderías habían puesto mesas de mármol y sillas en las que se sentaba gente elegante y en las que chicas con delantales blancos servían pasteles y nata recién montada, había costado mucho sudor y músculos hacer aquella nata, cuidar las vacas, llevarlas a pastar, ordeñarlas, cargar con los cubos, recoger el estiércol, y luego ocuparse de la lechería. De eso no se daban ninguna cuenta, la gente allí lo daba todo por hecho, se sentaban en las sombreadas tiendas, se llevaban a los labios las cucharitas brillantes, y luego sacaban el monedero y pagaban.

Se quedó mucho tiempo delante de una confitería. En casa, su panadero también tenía un pequeño despacho, pero era una especie de artesano, que les quitaba un poco de trabajo. Cerca había una pequeña zona verde con árboles, y él se sentaba en un banco sin perder de vista la confitería. Uno trabajaba en el campo y aún llevaba encima la sequedad y el polvo y la mala hierba, pero allí todo eso no importaba. Quizá ni siquiera sabían qué trabajo se hacía en el campo. ¿Qué iba él a hacer allí con sus músculos? ¿Aprovechar? ¿El qué? Por la placita, delante de los bancos, un hombre pasaba conduciendo un carrito de dos ruedas, vendiendo helado. Éste y aquél compraban el pequeño cucurucho de barquillo, a Karl no le apetecía, sólo veía cómo presentaban todo, maduro, a las gentes. Una enorme haya tendía sobre él su espesura, sus hojas estaban salpicadas del polvo de la calle, así va nuestra avenida desde la estación hacia los campos, nosotros nos dejamos la piel y ellos viven bien, y en casa madre está tumbada en la cama, y yo tengo que ganar dinero.

Y el temor volvió a ponerlo en movimiento. Echó a andar. De dónde lo sacan. Pero de repente la calle se abrió, como un río que corre por un valle entre montañas. La calle duplicó su anchura, y ahora estaba ocupada a derecha e izquierda por grandes edificios comerciales, entre los que había restaurantes adornados con gallardetes, más allá se alzaba un monumento con muchas figuras en una plaza retranqueada, el ancho edificio decorado con columnas que había detrás del monumento era un teatro. Pero lo que más deslumbró a Karl fueron los dos grandes almacenes que había en la esquina. Eran los primeros de la ciudad, su aparición había provocado gran excitación en todo el mundo comercial de la urbe.

Estaban apostados en la esquina como enormes guardias de brillante uniforme. Los almacenes tenían una anchura gigantesca, y estaban fastuosamente decorados con banderas, guirnaldas y adornos dorados como para una feria, por algunas ventanas salía música. Karl quería seguir dando vueltas a cómo conseguía el dinero la gente de la ciudad, pero se sintió atraído a la perturbadora aventura que representaban aquellos almacenes, y los miró, admiró y rodeó. La gigantesca corriente de personas se apoderó de él. Se oían gritos, música, compras. Había mil cosas extendidas desde los tejados hasta el suelo, y por el suelo se derramaban hasta el borde de las aceras.

Cuando el muchacho campesino, con el sombrero de paja con la negra cinta de duelo en la mano, la frente roja y sudorosa, salió del segundo de los grandes almacenes, ya había pasado el mediodía. Salió a una calle trasera, estrecha y atiborrada de vehículos. Se abrió paso con esfuerzo por entre ellos. Por la calle principal circulaba el nuevo tranvía eléctrico, los vagones se deslizaban sobre raíles bajo largos cables, era completamente inverosímil ver cómo se movía sin caballos, el cochero iba de-

lante, junto a una manivela que se alzaba, por así decirlo, en medio del aire, y la giraba, era grotesco, pero el coche se movía. Pero allí, en esa calle lateral, aún trotaban los viejos y queridos animales, los caballos, marrones y negros, con sus ojos bondadosos y tranquilos. Le acarició el morro al pasar a uno, también tú estás aquí.

Y el joven, que había trabajado día sí día no diez horas al día con todos los músculos, se apoyó en la pared de un edificio junto a un vendedor callejero de periódicos y se sintió cansado, flojo, deseoso de cerrar ojos y oídos y sentarse en el suelo. Como los gritos a su lado lo atormentaban, se arrastró un par de calles más allá, donde el ruido de las grandes avenidas y almacenes llegaba como el de una lejana batalla. Aunque olía mal, allí había una sombra agradable, estaba confuso, su cerebro cargado como la calle en la que veinte coches se habían extraviado. Limpió el sombrero de paja, se lo puso, había visto la negra cinta que alertaba a todos, y en algún sitio de aquella ciudad, infinitamente lejos, su madre estaba tumbada en una habitación, él había llevado al colegio a su hermano pequeño, él había salido a ganar dinero, dinero.

Aquel chico que ahora caminaba a lo largo del bordillo, mirando al suelo, tenía ya los hombros cansados y colgantes de muchos de los que había por allí, su mirada era apagada como la de tantos que por allí buscaban. En la esquina de la calle había una fuente de hierro, de la que bebió toda el agua que quiso en el cuenco de la mano. Entonces se dio cuenta de que tenía hambre, el pan que llevaba en el bolsillo se había vuelto gomoso, se lo comió sin dejar de andar, nadie le miraba, allí nadie observaba a nadie, sus hombros volvieron a elevarse, sus pies volvieron a encaminarse allá de donde venía el sordo estrépito.

Una vez más, retomó el espléndido paseo, menos concurrido en aquellas tempranas horas de la tarde, luego caminó durante una hora hasta encontrar los muros negruzcos y vacíos, la calle miserable en la que vivía. Así que ésa era ahora su casa, en una ciudad con electricidad y grandes almacenes. Sus ojos se posaron con más confianza en las tiendecitas de carbón y ultramarinos. Sí, todos eran pobres, todos eran de la misma familia. Abrió la puerta del sordo y oscuro pasillo de su casa. Su primer paseo por la ciudad había terminado.

Arriba, los vecinos parlotearon sonrientes con él, le dieron la llave, la madre no estaba, Erich estaba encerrado.

Al empezar, el atardecer cruzó el umbral con su traje negro, el rostro ensombrecido como siempre, y cerró la puerta tras de sí. Habría querido contarle todo como se lo había contado al pequeño, que le había escuchado con la boca abierta e implorado que lo llevara pronto con él. Pero la madre, terriblemente muda, con el rostro plomizo, se puso a recoger en cuanto se quitó el sombrero y el velo, el chico se puso en pie de un salto para ayudarla, ella mandó, gélida, al pequeño a la cocina. Cuando él la siguió, estaba apoyada en el fogón, de espaldas a ellos. Los dos temieron al mismo tiempo que iba a darlos como había dado a Marie, y primero Erich empezó a sollozar convulsivamente, sentado a la mesa, inclinado sobre su cuaderno, luego también a Karl le temblaron las mejillas. La mujer cerró el gas, dejó la cuchara a un lado y se volvió hacia ellos. Apartó el cuaderno, secó las lágrimas al pequeño con su pañuelo, lo cogió en su regazo al ver que no dejaba de llorar, le preguntó cómo le había ido en el colegio. Él se tranquilizó. Y, cuando ya había oscurecido, el pequeño experimentó incluso algo completamente nuevo para él. Su madre le arregló cuidadosamente los almohadones y se quedó sentada a su lado en la cama, le ha-

bló de Marie, a la que iba a ir a visitar pronto, y de sus muchos juguetes nuevos, y de que dentro de dos semanas la pequeña Marie iría al mar con el tío y la tía y le darían un traje de baño nuevo y también a ellos les traería algo. El pequeño volvió a contar lo que Karl le había contado a él, bostezó, su madre se quedó junto a él, como siempre había hecho con su hijita. Luego, se deslizó hacia la cocina.

Karl ya había recogido, también había extendido su colchón, de la larga historia que pensaba contarle no quedó más que: «Mañana voy a volver a bajar». Sentada a la mesa, ella apoyó la cabeza en la mano y no respondió nada.

★ ★ ★

Pero lo que Karl experimentó a la mañana siguiente, después de haber pasado la noche soñando, superó incluso al día anterior. Aquel día sólo tenía al principio, mientras bajaba la escalera, el temor: tengo que ganar dinero, tengo que darme prisa, tengo que ver. Hoy, después de haber dejado a su hermano en el colegio, salió de paseo, primero una vez más hacia la zona de los grandes almacenes, luego hacia alguna parte. Ya encontraría algo. Era presa de una confusión de curiosidad y miedo.

La ciudad le extasiaba. Dios, es hermoso que hayamos venido. ¡Si pudiera encontrar hueco aquí, aunque no fuera más que como carbonero! Esta vez penetró aún más en el centro de la gran ciudad, un inmenso griterío lo atrajo hacia un edificio ancho y bajo, en cuyos peldaños de piedra rugían y gesticulaban bandadas de personas, y algunas escribían y charlaban, y que tenía escrita en el friso la palabra «Bolsa». No lejos de allí, trabajaban manadas de barrenderos; si se los seguía, se llegaba a un complejo de salas oscuras, su entorno rebosaba de restos de frutas, verduras y papel de

periódico; los mercaderes cargaban sus carros con las cestas y cajas vacías. Por las puertas abiertas de par en par, Karl miró aquellas bóvedas gigantescas, que olían a muchas cosas. Se supone que eran las naves del mercado. Luego, caminó más de una hora, hasta llegar a las calles anchas y silenciosas con distinguidas viviendas cerradas, era como si todo el mundo durmiera aún allí, no se veían más que proveedores y mensajeros, detrás de las rejas de las casas había delicados jardines con senderos de grava.

Y luego se abría el distrito de los palacios, museos, monumentos. Ni siquiera los cuadros le habían permitido sospechar tanta magnificencia. En aquellos fuertes palacios, ante los que los guardias iban y venían, vivía el rey, la reina, los príncipes. Allí se unían a los grises edificios, más sencillos, en los que —los letreros grabados en el arco de las puertas lo decían— ministros y generales hacían su trabajo por el país. Los generales, los hombres de Estado, eran los que había nombrado el rey, los que le servían, le consagraban su vida, los que alcanzaban las victorias y se fijaban en todas las cosas, y cuando estaban muertos se les ponía en piedra o bronce y se los estudiaba en los colegios. Una avenida anchísima, plantada de espléndidos olmos, partía en dos aquel barrio que el Estado había escogido para sí. Cuando se topaba con esa avenida desde la ciudad, por una de las calles principales, había que cruzar un ancho puente de mármol, una plaza y luego un enorme arco de triunfo, en el que estaban grabadas las victorias de la última guerra, con nombres y figuras. Ante el arco de triunfo descansaba un recio león de piedra, que se adentraba en la plaza y, desde su pedestal, miraba solitario y peligroso hacia la ciudad.

Karl se quedó mucho tiempo ante el panteón de los héroes, mientras grupos de escolares guiados por maestros pasaban ante él, hasta que reunió el valor suficiente para entrar. Una ancha bóveda de entrada con cañones, banderas, y luego, a dere-

cha e izquierda, enmarcada por una balaustrada de mármol, una alta escalera con un pasamanos púrpura. Llevaba hasta una espléndida sala de pinturas. Reinaba en ella un profundo silencio. Un anciano, un inválido de uniforme con una muleta, guiaba la visita. Adultos y niños se apretujaban reverentes ante los gigantescos cuadros de batallas y triunfos.

Karl se detiene ante el cuadro de una batalla, abrumado por los fastuosos colores y por lo que ocurre en él. Ve un rey con larga barba sobre un noble corcel blanco, rodeado de generales y príncipes, todos ellos cubiertos de polvo. Se detienen en lo alto de una colina, una bandera real ondea detrás de ellos. Pero a la colina sube un hombre solo, la cabeza descubierta, se distingue su rostro entristecido, también él es un rey, calza relucientes zapatitos que llevan espuelas de plata. Es el vencido. Se ve lo que ha quedado de él, los cañones derribados a un costado, las casas ardiendo al fondo. Eso era suyo, eso y el ejército vencido que no se ve, es lo que se ha jugado. Va a entregar su daga al vencedor en su corcel blanco.

Con su anchura desmedida, el cuadro cubre la pared longitudinal, la gente se detiene muda ante él, apenas respiran, el cuadro los asalta. Remontan humildes la colina junto al solitario vencido.

Al darse la vuelta, Karl ve en medio de la sala un estrecho pedestal de mármol, y sobre él levanta la mano una figura de piedra con una orgullosa vara de mariscal. Es otra vez el gran rey, el vencedor, está por todas partes, todo vive en su reino, va de un mar a otro, ha hecho a todo el mundo súbdito suyo.

Karl rodea el pedestal con timidez. Aún echa un vistazo un segundo a la sala colindante, donde, en una vitrina de cristal, se encuentra disecado el caballo blanco favorito del rey. En esta ocasión, no mira al caballo con su mirada de campesino. Aquel

caballo es un ser inmenso, que pertenece al mundo de los generales y príncipes y no es comparable a pencho alguno.

Conmocionado y santificado, nuestro paseante abandona ese amplio barrio de los palacios, que yace como una isla y una fortaleza en medio de la ciudad, con extensos parques adosados a uno de sus costados. Aquel día, el trajín mundano en torno a las tiendas lo afectaba poco. Y, cuando llegó a casa entrada la tarde, vio que su madre se había quedado en casa y hacía los deberes con el pequeño. Lo sentó a cenar y le observó con una extraña sonrisa, que le inquietó.

—¿Dónde has estado hoy, muchacho?

Aunque las palabras se le atascaban en la garganta —pensó en pasar por alto aquello—, empezó a hablar de los palacios que había en la ciudad, Erich aguzó enseguida las orejas, la madre sonreía, que siguiera contando. Pero le salió mal. Si hubiera estado solo con Erich habría podido decirlo todo. Entonces la madre, siempre con aquella mirada inquietante, empezó a preguntarle por los palacios, ella aún no había tenido tiempo de ir a verlos, y entonces él habló del arco de triunfo con el carro encima, y del panteón y la gran escalera. Pero nada encajaba del todo. Asintiendo con la cabeza, ahora claramente sarcástica, ella le preguntó por los cuadros.

—¿Has pagado entrada?

Él dijo que no. Ella soltó una carcajada:

—¡Te creo! Te dejan entrar para que los admires. Cuando llevemos mucho tiempo aquí, también pagaremos impuestos por eso.

Él dejó la cuchara.

—Come tranquilo, Karl, de mí obtendrás sopa, de ellos no obtendrás nada más que hermosas palabras, o cuadros, yo sé lo que es eso. ¿O es que hoy has conseguido un trozo de pan?

–Pero son los palacios.
–Intenta que te den un trozo de pan, y verás.
–Allí no hay mendigos, madre.
–Te creo. No logran entrar. Bueno, ¿has conseguido algo?
A él se le llenaron los ojos de lágrimas.
–No sé cómo hacerlo.
–A mí me pasa lo mismo. Somos completamente superfluos aquí. No nos necesitan. Ellos se enriquecen, y los pobres tienen que seguir su camino.
Él le agarró la mano.
–Pronto ganaré algo, madre.
–Mirando cuadros.
Él cobró valor:
–Ven conmigo, madre.